

RECUERDO INVERNAL

POR MARCOS FELIU

Pues sí, Javier, aquí me tienes en un pueblo de la ribera a donde me llevan mis obligaciones, fastidiado por la implacable canícula. Supongo que a ti te ocurrirá igual en el campamento, agravándose el hecho por la ropa y vida militar. Por contraste, añoro con rabiosa nostalgia el invierno. La nieve, nuestra vieja amada.

Y por eso ha venido a mi mente de una manera avasalladora el recuerdo de aquella excursión por Belabarce de los días 4 y 5 de enero. ¿Te acuerdas? En realidad fue un verdadero fracaso, pues nuestro objetivo montaño falló lamentablemente, pero el recuerdo de aquel día único, perdurará siempre en nuestros corazones como una interesante experiencia.

La Roncalesa nos dejó en Isaba a los cuatro compañeros, la noche era muy fría como correspondía al lugar, y al invierno de días rasos y gélidos. Rápidamente tomamos un taxi que al poco emprendía la subida de Balabarce, las cubiertas crujían extrañamente sobre la helada nieve, por fin con alivio de todos se detuvo frente al albergue del Opus. Unos estudiantes sudamericanos nos cedieron cobijo para pasar la noche.

Una hora antes del amanecer partimos, nuestra abundante y recia ropa montañera parecía no existir. Muchos grados bajo cero (unos 20) la traspasaban. Marchábamos rápidos tratando de combatir el frío. Sobre la helada nieve dos dedos de escarcha crujían blandamente bajo nuestras botas. Y así hasta el collado que da vista a Zuriza, en donde somos recibidos por un mortecino sol en un día sin tacha de nube. Pero un sol sin fuerza ni calor. Este nos acompañó mientras bordeábamos Punta Abizondo por el oriente. Luego nos hallamos ya cara a nuestro objetivo. La arista N. E. de Ezcaurre, una escalada de mediana dificultad aunque bastante larga. Un profundo barranco nos separa del inicio de la arista y para no malperder la altitud en que estamos situados, decidimos bordearlo sin perder altura y tomar la arista poco después del comienzo.

Esto iba a ser la causa de nuestras desdichas. Pero parecía tan sencillo... Bajo la cresta empezamos a encontrar, más inclinación de la esperada, trozos helados que hay que evitar, rocas lisas que hay que bordear, y frío... mucho frío, más que en todas las neveras del mundo. Al final en vez de bordear, nos encontramos subiendo por donde la montaña nos deja, con la esperanza de ganar la arista. Parece que ya falta poco, pero sí, sí... Te encontrabas bastante adelantado de los demás buscando paso hacia un corredor, las rocas se empinaban cada vez más y estaban cubiertas de hielo. Tuvimos que echarte la cuerda.

y asegurarte, pues la cosa se ponía fea. Llegaste a un recio pino, al cual fuimos llegando todos ateridos. La cosa empecé a verla negra, aunque en realidad todo estaba blanco.

Con un empuje envidiable partiste de nuevo asegurado por mi hermano. Por una pendiente de más de 60° te veía avanzar tallando con el piolet o bien escalando sobre rocas o tierra tan helada y dura como la misma piedra. Llevarías más de 20 m. cuando dijistes: «En estas rocas voy a clavar una clavija, pues esto está muy... mal». Idea que aplaudí, pues todas las precauciones son pocas en estas ocasiones. Nosotros tiritábamos y dábamos puñetazos al árbol. Seguistes avanzando hasta que finalizastes los 40 m. de la cuerda, dijistes que no había lugar hábil para reunirnos, pero quizás un poco abajo... empezaste a bajar con precaución. Entonces Pedro dijo: «¡Gran Dios, este baja!». Exacto, envuelto en una nube de nieve-polvo, te vi aumentar rápidamente de tamaño, hasta que con una sacudida quedaste colgado por la cuerda de la oportuna clavija. El cuarto que es el despiste padre, inquirió al cabo de un rato: «¿Qué, se ha caído?». Afortunadamente no lo oíste, pues no dudo le habrías dedicado alguna frase poco delicada. Y como el tiempo corría y la cosa no se aclaraba, optamos por una «estratégica» retirada. Tras el consabido lío de cuerdas y su malhumor consiguiente, bajamos en rapel del árbol de marras.

Como consolación decidimos subir a la cercana Punta Abizondo, que tenía el alicente de estar bañada por el sol. En realidad fue el único rato del día que no pasamos frío.

El día estaba muy avanzado y bajamos rápidamente a Belabarce por entre el túpido bosque. Este parece muerto bajo el imperio del frío, pero en realidad no está dormida toda la vida del bosque. Por la nevosa superficie vemos rastros innumerables de animales, toda clase de huellas se entrecruzan. Unas mucho mayores que las demás dan origen a una acalorada discusión sobre si pertenecen o no al oso. El cuarto hombre no dice nada, pero aquí demuestra no ser tan despistado, según luego se verá. Llegamos al albergue que había sido ya cerrado por los estudiantes y recogemos las mochilas que habíamos dejado entre unas matas. Tú te saliste con la tuya y te hiciste tu sopa a la intemperie con un olímpico desprecio a los grados bajo cero. Mientras los demás rabiábamos por proseguir, para quitar el frío y llegar a Isaba de día.

Reemprendimos la marcha, poco después de las Ateas de Belabarce oscurece. El del despiste se ha adelantado, pugnamos por alcanzarle, le llamamos a grito pelado, todo en vano. ¿Se habrá perdido? Una noche al raso con este frío puede ser fatal. Muy preocupados y a limpio tropezón con todas las piedras del camino, bajo el estrellado firmamento llegamos de nuevo a Isaba. El motivo de nuestras preocupaciones nos está esperando en la entrada del pueblo. A nuestras preguntas nos dice que hace más de una hora que nos espera. Ante nuestra extrañeza nos explica que ha venido a todo correr, pues había visto unas sombras que se movían, y por si acaso era el oso... piernas para qué os quiero. Y así fue como aquel día que tuvo sus ratos de mal humor terminó en franco regocijo.